

LA TARDE EN QUE PABLO NERUDA
CONQUISTO NEW YORK

RAÚL H. CASTAGNINO
Academia Argentina de Letras

Mi homenaje fraterno a Rodolfo Oroz no será —según se estila— una monografía erudita ni el resultado de laboriosa investigación. Apenas recuerdos personales y deseos de fijar y transmitir una honda vivencia relacionada con los hechos que relataré.

Mediaba el año 1965. Ejercía en calidad de *visiting-professor* de la Escuela de Español, en los famosos cursos de especialización en lenguas que cada verano se llevaban a cabo en el Middlebury College, de Vermont, (USA). Casi finalizadas las sesiones de dicho año, recibí una propuesta que me perturbó y me tuvo inquieto varias semanas: la universidad del Estado de Nueva York, bajo la inspiración del gobernador Rockefeller, estaba a punto de inaugurar su nuevo *campus* de Albany y se deseaba reforzar el atractivo del Departamento de Lenguas Romances con la incorporación del doctorado en español a sus planes. Con tal motivo se me ofrecía la cátedra de estilística en calidad de *distinguished professor* con contrato permanente. Desde Middlebury debía bajar a Albany para la entrevista protocolar.

La oferta era sumamente tentadora; pero ni mi esposa ni yo estábamos seguros acerca de la respuesta que daríamos. Aceptar el ofrecimiento suponía un corte radical con las actividades argentinas, instalación definitiva en Albany, alejamiento de la familia. Sopesando ventajas y desventajas, resolvimos tomarnos dos días en Nueva York, donde Gaetano Massa, el que fue propietario fundador de *Las Américas Publishing*, nos había ofrecido la soledad de un departamento céntrico para meditar la

situación que se nos planteaba y, también, para efectuar averiguaciones pertinentes.

Fue durante ese alto, en el verano neoyorquino, cuando leímos en el *New York Times* el anuncio de un recital de Pablo Neruda, quien diría propios poemas en el Centro Poético de la "Asociación de Jóvenes Hebreos". Nos pareció que sería grato acercarle un saludo a Neruda, a quien habíamos conocido y tratado en Buenos Aires y a quien, seguramente, ver en el auditorio rostros reconocibles no le disgustaría. El acto también nos serviría para abrir una tregua que aliviaría la tensión que estábamos viviendo por causa de la importante decisión que nos urgía tomar. ¡Ingenuos de nosotros...! Con simpleza de forasteros calculábamos que el poeta chileno no debía ser demasiado conocido en Nueva York, salvo en contados círculos intelectuales. Por otra parte, invitado a leer sus poemas en el "Y.M.H.A.'s Poetry Center", entidad judía de respetable tradición, tras publicitada firma por el Presidente Johnson de una ley —originada en la presencia de Neruda— según la cual no habría de dificultarse la entrada a los Estados Unidos de ningún intelectual, sea cual fuere su ideología, se esperaba del recital apenas un *succes d'estime*.

En dicho auditorio, en oportunidades anteriores, habían deleitado a los oyentes Robert Frost y Dylan Thomas, con recitados en inglés. No podía suponerse que el poeta chileno, leyendo en español, repitiera nada semejante. Sin embargo, el autor de *Veinte poemas de amor...* se constituyó en un atractivo inesperado. La sala estuvo colmada, rebasó su capacidad y hubo que atender los reclamos del público que quedó fuera, con altavoces y pantallas televisivas. El público vivió en goce y atención constante, tanto por el encanto de las poesías elegidas —especialmente las de la juventud del poeta— como por el modo de decirlas y ofrecerlas.

Años después, mientras compaginaba recuerdos en sus *Memorias*, el propio Neruda recordó el episodio, y en *Confieso que he vivido*, primera parte de aquéllas publicadas en Buenos Aires, en 1974, escribió:

Di mi primer recital de poesía en Nueva York, con un lleno tan grande que debieron poner pantallas de televisión fuera del teatro para que vieran y oyeran algunos miles que no pudieron entrar. Me conmovió el eco que mis poemas, violentamente antiimperialistas, despertaban en esa multitud norteamericana. Comprobé muchas cosas allí... Comprobé a quemarropa que los enemigos norteamericanos de nuestros pueblos eran igualmente enemigos del pueblo norteamericano... (pág. 435).

También, en tales recuerdos, mencionaré las gestiones de los escritores norteamericanos ante el Congreso y la Secretaría de Estado, concluidas en la Ley de admisión promulgada por el Presidente Johnson, aportando algunos datos reveladores de entretelones políticos e ideológicos:

Supé durante mi visita —y eso hace honor a mis compañeros los escritores norteamericanos— que ellos ejercieron una presión irreductible para que se me concediera la visa de entrada a los Estados Unidos. Me parece que llegaron a amenazar al Departamento de Estado con un acuerdo reprobatorio del Pen Club, si continuaba rechazando mi permiso de entrada. En una reunión pública, en la que recibió una distinción la personalidad más respetada de la poesía norteamericana, la anciana poetisa Marianne Moore que murió muchos meses después, ella tomó la palabra para regocijarse de que se hubiese logrado mi ingreso legal al país por medio de la unidad de los poetas. Me contaron que sus palabras, vibrantes y conmovedoras, fueron objeto de una gran ovación” (págs. 435 y 436).

Fue, por lo dicho, a través de una de las pantallas exteriores como pudimos ver y oír esa tarde a Neruda. ¿Acercarnos a él? ¡Ni soñarlo! Pero, en cambio, nos fue posible seguir los ecos suscitados por su presencia, la real conquista de simpatías y afectos, para completar así algunos detalles que no aparecen en sus *Memorias*.

El poeta y crítico Selden Rodman, autor de varios libros sobre Hispanoamérica, describió a Neruda en esta circunstancia, del siguiente modo: “A los 61 años es aún hombre de presencia imantante, aunque por supuesto ha menguado su aspecto de iracundo. Con el aire de un Buda recita en contenido ritmo que asciende fácilmente a lo apasionado y cae al susurro en deliberado anticlímax”.

Neruda dijo desde sus poesías de juventud hasta las más suaves —no las más enardecidas, como consigna en las *Memorias*— de su posición antiimperialista. Deslumbró con los poemas que alardean de simpleza y con los escapes a la poetización de cosas “elementales”, en una marcha hacia la “poesía impura”. No calló poemas comprometidos ni la “Oda a los calcetines”. Tampoco reservó opiniones cuando, luego del recital, los periodistas le preguntaron: “¿qué le había impresionado más en Nueva York?”. Neruda, ya convertido en “noticia”, respondió: “En lo físico tal vez Lincoln Center. Mi esposa lo fotografió como turista. En otro orden de cosas, ¿qué podría decir de este país? Me parece más preparado para la paz que para la guerra. Para la paz y para la poesía...”.

Estaba, sin embargo, abierta la llaga de Vietnam. Pero el huésped expresaba así, elusivamente, como poeta y como hombre, sin traicionarse, la impresión que, desde el inesperado éxito del recital, traducía un reconocimiento agradecido. Confirmaba, también, la definición que de él trazara otro famoso poeta, Archibald Mac Leish, al presentarlo al auditorio de la “Y.M.H.A.’s Poetry Center”: “Neruda —dijo Mac Leish en esa oportunidad— ha de ser considerado como un *american poet* en tanto que americano comprende —no según nuestro uso— ambos continentes”. Y lo reconoció como “el más importante poeta viviente”.

Luego de la tertulia periodística, Neruda —que acababa de ser distin-

guido con un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Oxford, en Inglaterra, y venía de recibir el título de manos del Primer Ministro Harold Mac Milland— tuvo un aparte con Selden Rodman. Algunos de los conceptos intercambiados, éste los transcribió en el artículo que le dedicó en el suplemento “Books Magazine” del *New York Times* del domingo 16 de julio.

De entre ellos, tal vez interese subrayar el hecho de que preguntado Neruda si muchos poetas latinoamericanos provienen de las clases trabajadoras, respondió prestamente: “Muy pocos. Nicanor Parra es una excepción. La mayoría de nosotros procedemos de una clase media letrada y hemos sido educados en universidades autónomas, centros de ideas de izquierda, como usted sabe...”.

La conversación entre ambos, amistosa, cordial, soslayó ahondar temas de inevitables desencuentros. Neruda anunció su deseo de seguir traduciendo a Shakespeare. Luego, con motivo de su paso por Washington, donde Stephen Spender le hizo grabar poemas para la fonoteca de la Biblioteca del Congreso, propuso la idea de un intercambio y de encuentros entre los principales poetas de ambos continentes, para la elaboración de antologías y versiones recíprocas, “porque —dijo— los versos podrán ser poesía y guardarse en las traducciones sólo si los poetas son invitados a realizarlas”.

La conquista del público norteamericano por parte de Neruda tuvo otra resonancia ulterior. Alrededor de tres años más tarde, la Academia de Artes y Letras de los Estados Unidos lo elige Miembro Honorario y le comunica que, de aceptar la designación, el embajador americano en Chile le entregará las insignias y diploma correspondientes.

La comunicación académica lleva fecha del 15 de enero de 1969. Dos meses después —los documentos han sido transcritos por el propio Neruda en la segunda parte de las *Memorias, Para nacer he nacido*, póstumamente editadas, hacia 1980, en España— el poeta acepta los honores con una condición: no desea recibir los atributos de manos del embajador, sino de las de sus pares, por razones ideológicas. La Academia aceptará la alternativa, ratifica la designación y, en sesión del 23 de mayo de 1969, se lee el acta de elección de Pablo Neruda como Miembro Honorario, por su valor como poeta.

La conquista estaba consumada en totalidad.